

HPR/117

Manuel Cortés Castañeda, Raúl Cortés Castañeda, y Ellgé. *El espejo del otro*. París: Ediciones Ellgé, 1998. 111 pp.

En las fotografías un empeño hostigante de mostrar la ausencia de algo. En las pinturas y esculturas una negación a todo lo que no entre por las puertas de la desesperación. En las primeras desde el ojo de la

HPR/118

cámara se liberan imágenes de luz solar entre verdes, calles y maderas bajo la impronta severa del blanco y negro. En las segundas un movimiento fraguado en el papel o en la piedra, y algunos de los seres que vemos están saliendo de su estado pétreo, liberándose de una quietud milenaria, como los prisioneros de Buonarroti, en otros un erotismo violento y hasta dulce. Fotografías, pinturas y esculturas, triunfos de la vista, trofeos del ojo, pero sobre todo triunfos estéticos de Ellgé y Raúl Cortés Castañeda que se baten frente a los otros triunfos que proclama la palabra escrita, en esta oportunidad bajo la forma del poema.

En la carga de responsabilidades que convoca *El espejo del otro*, corresponden a Manuel Cortés Castañeda los versos que se leen mientras transcurren los otros oficios de la vista entre las páginas. Son versos en que hay una violencia muchas veces suavizada por el terciopelo y el tornasol de las ocupaciones de la entomología. Debajo de un verso, o encima de él (como si fuera debajo de una piedra o encima de ella) desfilan elencos del bestiario de joyería de nuestra infancia: grillos, libélulas, ciempiés, mariposas y otros de la misma tropa. Esos versos parecen el bolsillo de un niño luego de un día de campo, una caja de olor a tierra de ese mismo niño, en la que artrópodos, lepidópteros, arácnidos y coleópteros hurgan alguna salida para atender el llamado de la cigarra o el de los sueños de nuestros primeros años. Pero claro, imágenes de los paisajes de la niñez surtidas desde la mente adulta del poeta, quien ha tenido la elegancia y el buen tino de traerse desde su infancia florentina aquel bolsillo de después de un día de campo. También, mente del poeta que visita y se deja visitar por las desgarraduras e imposibilidades que tiranizan la observación de la vida en sus exaltaciones del cuerpo y el pensamiento. Qué otro destino puede caber en Manuel que el de asumir el poema como forma del pensar a partir de las humillaciones y glorias en la memoria de la piel, del cuerpo. Su *Ars poética* nos entrega un niño que “returns home with a blood stain on his new suit and a by now broken toy in one of his pockets.” Niño que acaba desnudado por la madre y encerrado en su habitación, para luego ella “turns off all the lights in the house.” En esta gravedad de la declaración de su arte poética también aparece otra gravedad mayor, la del mismo ser del poeta: sustancia de memorias y

ausencias, ejecuciones prodigiosas de vino rojo en los centros de la soledad. Y en esa soledad tan frecuentada por el miedo y sus arrogancias, como alguien encerrado en el baño comiéndose las uñas “y a la espera de que los invitadados abandonen/ la casa por la puerta que da al desván,” las imágenes pueden lucir bofetadas de la naturaleza propias para la personería de un Basho, y hasta consejos para saber desaparecer a tiempo e indemnes o la postulación artera de desnudez, vino y sangre como ecuación del deseo.

Destacan algunas virtudes halladas en los poemas de Manuel. En ellos suceden, si es esa la palabra, imágenes totales, es decir, ausentes de símiles y metáforas. Es sólo eso: imagen ahí, redonda, compacta, llena de su luz propia. En la imagen transcurre el álgebra creativa del poeta, la que descansa en la demostración de que la levedad es un sucedáneo de la violencia: “el árbol se desangra con su canto a borbotones/ en la quietud de la cigarra que a hurtadillas/ esconde su mortaja.” Los versos son de acción, apoyados siempre en verbos. Y aquel recurrir de tres presencias de carácter indulgente que actúan como cinta de guía en el dédalo de las tantas imágenes: la pequeña bestia, el buen ladrón y la corona de espinas.

Ya a los poemas vueltos libro se les añade otra virtud: hay versiones suficientes en inglés y francés. Manuel cruza hacia otras dos formas del alma acompañado por sus traductores. Idiomas, lenguas, hablas que él ha aprendido a amar como se debe, estando en ellos. De esta manera, el libro acaba por ser compuesto por Manuel, dos traductoras (Janet D. Foley, Sylvie Raguin), un fotógrafo (Ellgé), un pintor y escultor (Raúl). Y para terciar como sexto, el escritor Armando Romero, con una inteligente presentación en la que se demuestra que tres es igual a uno para poder ser cifra de lo múltiple.

José Cardona-López
Texas A&M International University